

VIGÉSIMO QUINTO DÍA
LOS SIETE DOLORES DE SAN JOSÉ
23 de abril de 2021

Escribe San Pedro Julián Eymard:

Porque San José estaba asociado a María en sus gloriosos privilegios, también tuvo que sufrir como ella y también su corazón fue atravesado por siete espadas.

Estas siete grandes aflicciones fueron como las estaciones del Camino Doloroso que tuvo que recorrer en compañía de Jesús. Sufría continuamente en su corazón; pero en ciertos momentos su agonía se agudizaba doblemente, adquiriendo una nueva intensidad, convirtiendo el cuchillo en sus propias heridas.

1. Su primera gran prueba fue la torturante duda que sentía ante el embarazo de María. A punto de abandonarla sin decir una palabra, se preguntaba: "¿Qué será de esta joven, poco más que una niña? ¿Quién se hará cargo de ella? Aún así la ley impone la separación, y el respeto a ella me obliga a dejarla". Qué terrible angustia para un corazón tan amoroso y entregado como el de José, un corazón que amaba a María más de lo que podemos comprender.

2. Se sintió profundamente herido cuando Belén le rechazó y le obligó a refugiarse en un establo. No se afligió por sí mismo, sino por aquella joven madre, Reina de los Ángeles, y por el Niño, su Dios, que venía al mundo. Lo que más le dolía era el daño que les habían hecho y las privaciones que iban a sufrir sus seres queridos en el establo. No sabía cuántos días y noches tendrían que permanecer allí. Dios lo guiaba como a un ciego, manteniéndolo siempre dependiente, y esta incertidumbre redoblabla su angustia,

3. La circuncisión de Jesús. Qué conmoción para José pensar que él mismo haría sufrir al Niño-Dios y que derramaría las primeras gotas de su sangre. Cómo le dolió el corazón al ver aquella herida, la sangre que manaba de ella y las lágrimas de la divina Madre.

4. La profecía del anciano Simeón. Cuando José se enteró de que una espada atravesaría el alma de María, comprendió todo el significado de la profecía de Isaías sobre los sufrimientos y humillaciones del Mesías. A partir de ese momento soportó el dolor tanto de María como de Jesús el pensamiento de sus sufrimientos nunca le abandonó, sino que se convirtió en una tortura diaria que compartió con ellos.

5. La precipitada huida a Egipto. ¿Quién puede imaginar los miedos, los terrores de ese viaje? Dios llenó de temor a José para que se abandonara a la Providencia. En aquella tierra extraña, en aquellos caminos desiertos, José soportó una ansiedad constante, temiendo cualquier desgracia. Tenía el corazón de un padre, el más tierno de los corazones. Allí estaba él, un pobre anciano, encargado de proteger solo el Tesoro de Dios Padre contra los enemigos que en cualquier instante podían atacarlo.

6. A su regreso de Egipto le esperaba otra desgracia. Por temor a Arquelao, José se vio obligado a ocultar de nuevo al Niño Jesús. No hubo descanso para José, ni paz; escapó de un peligro sólo para encontrar otro.

7. La pérdida de Jesús en el Templo. Tan grande fue la angustia de José, tan amargas sus lágrimas, que el Espíritu Santo ha querido inmortalizarlas en las palabras de María: "Hijo mío, ¿por qué nos has tratado así? Piensa en la angustia que hemos sufrido tu padre y yo al buscarte" ¹. Se atormentaba aún más al acusarse, en su humildad, de negligencia en el cuidado de la sagrada confianza del Padre.

Estos fueron los siete grandes dolores de San José. Los soportó en silencio, con humildad y amor, sin tener ni desear ningún consuelo humano. Sufrió, no por sí mismo, sino por Jesús, por María, por el mundo, por nosotros. Bendito sufrimiento que lo unió a la obra redentora del Salvador.

Otra pregunta a considerar:

En momentos de necesidad, ¿te has entregado completamente a Jesús y has confiado en que Él hará lo mejor para ti?

Acción:

Tómate 15 minutos hoy y únete a San José, meditando en sus 7 dolores.

Oración diaria:

Acuérdate de nosotros, oh bendito José, e intercede por nosotros ante tu hijo adoptivo con las súplicas de tu oración: haz que la Santísima Virgen María, tu Esposa, nos haga gracia, pues es la Madre de Aquel que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén. (Memorándum de San Bernardino de Siena)

Padre nuestro, Ave María, Gloria